

# NEW LEFT REVIEW 135

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO-AGOSTO 2022

## ARTÍCULOS

MARCO D'ERAMO	¿Declive estadounidense?	7
TIMOTHY STRÖM	Capital y cibernética	27
JULIA HERTÄG	Un nuevo cine disidente alemán	49
DANIEL FINN	Partidos de la periferia	77

## ENTREVISTA

CAMILA VERGARA	La Constitución de Chile	107
----------------	--------------------------	-----

## ARTÍCULOS

MARCUS VERHAGEN	Arte neovitalista	131
-----------------	-------------------	-----

## CRÍTICA

ALEXANDER ZEVIN	El profeta del gradualismo	143
ALYSSA BATTISTONI	Necesidades y libertad	157
KYLE ROSEN	El salto del tigre	168

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

**ts**  
d traficantes de sueños



DANIEL FINN

## DESAFÍO DE LAS PERIFERIAS

### *El Scottish National Party y el Sinn Féin en el sistema de partidos británico*

**L**A CLASE POLÍTICA británica tuvo que enfrentarse a tres revueltas disruptivas durante la década de 2010: el movimiento independentista escocés, la campaña a favor del Brexit y la movilización propiciada por Jeremy Corbyn en el Partido Laborista. Por mucho que difieran en su composición social y en su inflexión política, la totalidad de estas revueltas constituyeron reacciones contra las disfunciones de larga data del Estado británico y sus partidos de gobierno, intensificadas por la crisis financiera de 2008 y la década de austeridad que le siguió<sup>1</sup>. Las elecciones generales de 2019 eliminaron uno de los desafíos al devolver el control de la maquinaria laborista a la vieja guardia del partido y permitieron a Boris Johnson resolver otro problema en los términos que deseaba, esto es, sacando a Gran Bretaña del Mercado Único y la Unión Aduanera de la Unión Europea y dejando a Irlanda del Norte abandonada a su suerte para furia de sus antiguos aliados unionistas. Tras un periodo en el que la crisis del Brexit había paralizado de hecho el funcionamiento normal de Westminster, ni siquiera una pandemia mundial pudo perturbar la euforia de los encargados de dirigir o informar sobre los asuntos parlamentarios.

Sin embargo, el restablecimiento temporal de la estabilidad en el centro se produjo al precio de una mayor perturbación en la periferia del Reino Unido. El triunfo electoral de Johnson y el acuerdo del Brexit duro dieron un nuevo impulso a la causa de la independencia escocesa. El Brexit también creó un nuevo dilema para el gobierno de Irlanda del Norte,

---

<sup>1</sup>Tom Hazeldine, «La revuelta de las áreas económicas deprimidas», *NLR* 105, julio-agosto de 2017; Susan Watkins, «La década de crisis en el Reino Unido», *NLR* 121, marzo-abril de 2020.

donde el referéndum de la UE de 2016 ya había reabierto cuestiones que parecían haber sido resueltas por el Acuerdo de Paz de 1998. En mayo de 2022, el Sinn Féin, el principal partido nacionalista irlandés, superó al Democratic Unionist Party (DUP), su principal rival unionista, por primera vez en el siglo transcurrido desde la Partición de Irlanda. Esto se produjo doce meses después de que las elecciones al Parlamento escocés de 2021 dieran la tercera mayoría consecutiva a los partidos independentistas, los nacionalistas escoceses y los Verdes. En ambas regiones, el llamamiento a la ruptura con Londres cuenta ahora con un amplio apoyo popular. La tarea de aprovechar estas oportunidades para avanzar en la deconstrucción del Reino Unido recaerá principalmente en el Sinn Féin y en el Scottish National Party, las expresiones dominantes de la opinión nacionalista a ambos lados del Canal del Norte. ¿Qué tipo de amenaza representan para la continuidad del Estado nacional británico en su forma actual? ¿Podría estar en el horizonte la tan anunciada ruptura de Gran Bretaña? Podemos hacernos una idea más cabal de sus perspectivas de éxito si analizamos estos partidos y las tradiciones más amplias en las que se basan desde una perspectiva comparativa y en su *longue durée*.

## I. SOCIO O COLONIA

En 1968, Tom Nairn dio una cautelosa bienvenida a la tardía llegada del nacionalismo escocés como fuerza política, al tiempo que advertía contra cualquier pretensión de autobombo mediante la arrogación de los oropeles de la revolución anticolonial:

Escocia no es una colonia, ni una semicolonia, ni una pseudocolonia, ni una cuasi colonia, ni una neocolonia o colonia de tipo alguno de los ingleses. Es un socio menor pero (en lo que respecta a estas cosas) muy exitoso del proyecto de la empresa general del imperialismo angloescocés. Ahora que esta empresa está evidentemente dando sus últimos estertores, puede resultar muy razonable que los escoceses quieran abandonarla, pero realmente no tiene sentido disfrazar este deseo de parafernalia heroica. Después de todo, cuando las cosas iban bien para el imperialismo, el mundo escuchó muy poco sobre el anhelo de independencia de los escoceses<sup>2</sup>.

Nairn también se refirió ácidamente a «la ridícula falsedad de esa comparación de sí mismos con los irlandeses a la que los escoceses son aficionados en este contexto»:

---

<sup>2</sup>Tom Nairn, «Three Dreams of Scottish Nationalism», *NLR* 1/49, mayo-junio de 1968.

Los irlandeses se levantaron y arrancaron su independencia del imperia-  
lismo cuando este se hallaba en la cúspide de su poder. Con una elegante  
moderación presbiteriana, los escoceses se han contenido hasta que ha que-  
dado claro que los ingleses serían incapaces de detener una insurrección en  
la isla de Wight<sup>3</sup>.

Ni que decir tiene que esta divergencia entre el nacionalismo escocés y el  
irlandés era una cuestión de contexto social más que de carácter moral,  
la cual tiene profundas raíces históricas. Es posible que Escocia entrara  
en la primera edad moderna como una tierra pobre situada en las fron-  
teras de la cristiandad, pero tenía un monarca reconocido como tal por  
soberanos más poderosos y una alianza con Francia para compensar  
la preponderancia inglesa. Irlanda, en cambio, estaba profundamente  
fragmentada no sólo entre pequeños reinos, cuyo territorio podía en oca-  
siones vigilarse desde la cima de una colina cercana, sino también entre  
la sociedad gaélica y la cabeza de puente anglonormanda establecida en la  
costa oriental por una fuerza invasora que se remontaba al siglo XII.

La conquista a gran escala de la Irlanda gaélica y la colonización protes-  
tante del Ulster se estaban verificando justo cuando la nobleza inglesa  
recibió en su capital a un rey escocés como sucesor de Isabel en 1605.  
Un siglo más tarde, el Acta de Unión Anglo-Escocesa de 1707 fue una  
auténtica asociación, no una anexión inglesa. Como observó Nairn,  
las clases propietarias de Escocia pasaron a compartir plenamente los  
frutos del crecimiento industrial del Reino Unido y del saqueo impe-  
rial. La explotación de las masas escocesas existió ciertamente, pero no  
siguió las líneas de división nacionales. Los trabajadores de Glasgow y  
Dundee fueron explotados de la misma manera que los de Manchester y  
Sunderland y los esfuerzos de los nacionalistas escoceses de hoy en día  
por situar los desplazamientos forzosos de población de las Tierras Altas  
escocesas en un marco de opresión nacional tropiezan con la realidad

---

<sup>3</sup> *Ibid.* El historiador Tom Devine, que votó a favor de la independencia en el  
referéndum de 2014, lanzó una advertencia recientemente contra tales fábulas  
reconfortantes: «En los años previos a 1914, el patriotismo escocés no estaba en  
conflicto con la Unión, sino estrechamente integrado en ella. El imperio se con-  
sideraba un medio primordial por el que los escoceses afirmaban su asociación  
en igualdad de condiciones con Inglaterra en la empresa conjunta del Estado de  
la Unión. En la época victoriana era un lugar común afirmar que la expansión  
imperial sustantiva solo se produjo después de la Unión y que, por lo tanto, era un  
esfuerzo conjunto impulsado por ambas nacionalidades en el que los escoceses  
habían desempeñado un papel primordial y, de hecho, a menudo fundamental, lo  
cual no escondía presuntuosidad alguna». T. M. Devine, *¿Independence or Union?  
Scotland's Past and Scotland's Present*, Londres, 2017, p. 99.

de que las elites escocesas estuvieron implicadas en la desposesión de los habitantes de las mismas, a menudo llevada a cabo por sus propios *lairds*, es decir, por la pequeña nobleza terrateniente<sup>4</sup>.

Por el contrario, ningún tipo de embellecimiento retrospectivo puede borrar las realidades históricas que alimentaron la tradición irlandesa de revuelta nacional. Las Leyes Penales aún se aplicaban a los católicos irlandeses en la época en la que la Iglesia presbiteriana se había asegurado el reconocimiento como iglesia estatal y la emancipación católica se produjo varias décadas después de la Unión Anglo-Irlandesa de 1801. La revolución industrial, que transformó la sociedad escocesa tanto como la inglesa, dejó la mayor parte de Irlanda intacta y profundamente empobrecida, con la importante excepción del este del Ulster. La moderna historiografía nacional irlandesa puede haber simplificado las conexiones existentes entre los episodios más catastróficos del dominio anglobritánico, desde la devastación de las guerras cromwellianas hasta los horrores de la Gran Hambruna, pero no tuvo que fabricar sentimiento de agravio popular alguno. Mientras los últimos rescoldos de la causa jacobita se apagaban en el exilio europeo, medio siglo después de la última insurrección de Escocia, la rebelión de los Irlandeses Unidos de 1798 inauguró una línea de levantamientos fallidos que continuaron durante todo el largo siglo XIX, antes de que la revolución nacional de 1916-1923 estableciera finalmente un Estado irlandés independiente que gobernaba la mayor parte de la isla, mientras una parte residual del norte de la misma permanecía en el Reino Unido gobernada desde el recién construido parlamento regional de Stormont, situado en las afueras de Belfast.

Christopher Harvie resumió el contraste existente entre las dos culturas políticas y su impacto en el conjunto del Reino Unido:

La cuestión irlandesa estuvo presente en la política británica durante todo el siglo XIX. Se volvió obsesiva después de 1880 y se negó a desaparecer incluso después de la creación del Estado Libre en 1921. No hubo una cuestión escocesa. Entre 1922 y 1964, pocas cuestiones específicamente escocesas preocuparon a los Comunes durante más de unas horas o al gobierno durante otros tantos minutos, incluso en el peor momento de la depresión<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> Neil Davidson, *The Origins of Scottish Nationhood*, Londres, 2000, pp. 102-106.

<sup>5</sup> Christopher Harvie, *No Gods and Precious Few Heroes: Twentieth-Century Scotland*, Edimburgo, 1998, p. 88.

A diferencia de Irlanda, era impensable que fuerza seria alguna se alzara en armas por la independencia de Escocia a principios del siglo xx, aunque los políticos de Westminster, desde Winston Churchill hasta Tom Johnston, habían barajado la idea del autogobierno<sup>6</sup>. Era más probable que cualquier supuesto movimiento revolucionario marchara detrás de la bandera roja que de la bandera de Escocia, aunque en la práctica los mejores esfuerzos de figuras como John Maclean y Willie Gallacher no bastaron para desviar al socialismo escocés de su camino reformista<sup>7</sup>.

### *Balas y papeletas*

Las iteraciones modernas del Sinn Féin y el SNP se remontan a finales de las décadas de 1960 y principios de la de 1970, cuando la crisis británica de posguerra alcanzó su punto álgido, medio siglo después del Alzamiento de Pascua de 1916 y del Red Clydeside. Este nuevo periodo de turbulencia política, caracterizado por la estancación y la recesión, el aumento de la militancia industrial y la impugnación del apoyo de Londres a la guerra de Estados Unidos contra Vietnam, fue testigo de cómo la cuestión escocesa se unía a la irlandesa, que resurgía dinámicamente. Sin embargo, tanto los factores contemporáneos como los legados históricos siguieron dividiendo a los dos movimientos nacionales del Reino Unido.

---

<sup>6</sup> Johnston, miembro del Partido Laborista Independiente partidario de la devolución antes de que abandonara el Partido Laborista en 1931, fue secretario de Estado para Escocia durante la Segunda Guerra Mundial. Invocó la amenaza, en gran medida ficticia, del nacionalismo escocés para convencer a sus colegas de gabinete de que debían apoyar los planes de desarrollo industrial, como un plan hidroeléctrico en las Tierras Altas. Churchill se comportó de modo absolutamente oportunista en su tratamiento de Escocia: cuando un gobierno laborista llegó al poder en Londres después de 1945, redescubrió repentinamente su interés largamente dormido por el federalismo, diciendo a una audiencia en Edimburgo que la «servidumbre del socialismo» podría pisotear los derechos de la nación escocesa, T. Devine, *¿Independence or Union? Scotland's Past and Scotland's Present*, cit., pp. 112-113, 117.

<sup>7</sup> Maclean (1879-1923) y Gallacher (1881-1965) saltaron a la fama durante el periodo de insurgencia obrera registrado en el área metropolitana de Glasgow durante las décadas de 1910 y 1920 (conocida popularmente como Red Clydeside), especialmente en los años previos, durante y después de la Primera Guerra Mundial, y pasaron tiempo en prisión por su oposición a la matanza bélica. Sus actitudes respecto al recién creado Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB) fueron netamente distintas a partir de entonces. Maclean defendió una organización escocesa separada y formó su propio Partido Republicano de los Trabajadores Escoceses, favorable a la independencia, antes de morir por su mala salud resultado de su encarcelamiento y alimentación forzada en 1923. Gallacher se convirtió en un miembro leal del CPGB y lo representó en Westminster por la circunscripción de West Fife entre 1935 y 1950. En las últimas décadas, la izquierda radical independentista de Escocia se ha fijado mucho más en Maclean que en Gallacher como precursor de su causa.

El nacionalismo escocés entró finalmente en la escena política británica predominante en 1967, con la victoria de Winifred Ewing en las elecciones parciales de Hamilton. El porcentaje de voto escocés del SNP en las elecciones de Westminster, que nunca había superado la barrera del 1 por 100 en la década de 1950, aumentó al 11 por 100 en 1970, antes de subir al 22 por 100 en febrero de 1974 y al 30 por 100 en octubre de ese mismo año, lo cual situó al SNP a seis puntos del Partido Laborista en Escocia, mientras que en 1966, el porcentaje de votos laboristas había sido diez veces mayor. La erupción del sentimiento nacionalista durante el gobierno de Heath reflejaba la creciente creencia de que el sistema político británico no respondía a las necesidades escocesas y que un Estado independiente tenía más posibilidades de resolver los problemas del país, sentimiento que se vio fortalecido por el descubrimiento de petróleo en el Mar del Norte en el yacimiento de Forties, frente a Aberdeen, en 1970. Un vigoroso renacimiento cultural nacionalista de izquierda impulsó la causa. Mientras el gobierno en minoría de Callaghan luchaba por retener el apoyo del SNP, el Partido Laborista aceptó la convocatoria de un referéndum sobre la devolución de poderes a Escocia, decisión que se topó con la fuerte oposición de muchos de sus diputados escoceses.

En comparación con Italia o Alemania Occidental, por no hablar de Irlanda del Norte, la Escocia de la década de 1970 no era un lugar turbulento<sup>8</sup>. Cuando la participación en el referéndum de devolución de 1979 no alcanzó la cuota del 40 por 100 de votos afirmativos en la que había insistido un diputado laborista, no se produjo ningún cambio hacia medios de lucha extraconstitucionales. El voto del SNP cayó bruscamente en las elecciones de 1979 hasta el 17 por 100 y Escocia se preparó para el largo invierno del thatcherismo. La violencia asociada a la causa del nacionalismo escocés ha sido menor que la registrada durante un único conflicto industrial británico, por ejemplo, la huelga de los mineros de 1984-1985, lo que desmiente la opinión generalizada de que los conflictos centrados en la identidad nacional deben ser siempre más intratables que los

---

<sup>8</sup> En 1971 el futuro diputado conservador Douglas Hurd fue coautor de una novela realmente excitante, *Scotch on the Rocks*, que imaginaba el surgimiento de un violento Scottish Liberation Army, cuyas filas se engrosaban con reclutas de los bajos fondos de Glasgow. Este ficcional SLA, apoyado por los soviéticos, conseguía tomar Fort William antes de sucumbir al poder de la Corona. En la realidad, se trataba de un puñado de militantes de la «lucha armada», véase Christopher Harvie, *Scotland and Nationalism: Scottish Society and Politics 1707-1994*, Londres, 1994, quien concluye que «la existencia de un “Tartan Army” seguía siendo tan elusiva y ajena al legalismo del SNP como antes», p. 181.

basados en la clase. Por la misma razón, no podemos explicar la virulencia del conflicto norirlandés simplemente trayendo a colación su carácter nacional, aunque ciertamente este constituye una parte vital de la historia. Las disfunciones democráticas del régimen británico aplicadas a Irlanda del Norte –a lo largo de sus cincuenta y dos años de historia el gobierno de Irlanda del Norte, cuya sede era Stormont Castle, nunca experimentó un cambio de gobierno– fueron también una condición necesaria.

Si la minoría nacionalista de Irlanda del Norte se hubiera opuesto a la coloración del Estado que les gobernaba por los mismos motivos que el electorado del SNP, o el del Plaid Cymru en Gales, no se habría producido el largo periodo de conflicto social y armado verificado en el país desde finales de la década 1960 hasta 1998. Los nacionalistas rechazaban la autoridad de ese Estado no solo porque era británico, sino también y sobre todo porque lo percibían como el eje de un sistema bajo el que eran ciudadanos de segunda clase. Su experiencia de discriminación y exclusión en materia de vivienda y empleo desde la época de la Partición de 1920-1921 proporcionó una gran reserva de material combustible. A finales de la década de 1960, la naturaleza del sistema local seguía obstruyendo cualquier intento de reforma. La Royal Ulster Constabulary, la fuerza de policía del Reino Unido presente en Irlanda del Norte desde 1922 hasta 2001, se ocupaba de las manifestaciones por los derechos civiles y de los contramanifestantes lealistas de una manera crudamente partidista, como corresponde a una fuerza fuertemente identificada con la causa unionista. El gobernante Partido Unionista del Ulster, la mayoría de cuyos diputados pertenecían a la Orange Order, se opuso a cualquier medida paliativa por tímida que esta fuera y exigió la represión de los disturbios nacionalistas en nombre de la «ley y el orden». Cuando el gobierno británico envió tropas para respaldar al poder civil en agosto de 1969, su compromiso de preservar el gobierno de Irlanda del Norte transformó inevitablemente al ejército británico en un instrumento de represión.

Este fue el contexto que hizo posible que el Ejército Republicano Irlandés (IRA) –una organización esquelética en 1969, pero con un sentido de legitimidad histórica del que carecían por completo los potenciales grupos armados escoceses– encontrara una gran reserva de reclutas para su campaña de guerra de guerrillas iniciada a principios de la década de 1970. Para cuando el gobierno de Heath cambió de rumbo tras la masacre del Domingo Sangriento acaecida en enero de 1972 y cambió drásticamente de actitud respecto al gobierno de Stormont, el IRA había



ganado suficiente ímpetu como para impedir la normalización de la vida política. Durante las dos décadas siguientes, el IRA ocupó una posición similar a la de ETA en el País Vasco, gozando de un grado de apoyo impensable para la Baader-Meinhof, las Brigate Rosse o la Weather Underground Organization, aunque al mismo tiempo siempre careció de la base popular mayoritaria de movimientos como el Congreso Nacional Africano y la Organización para la Liberación de Palestina, con los que a menudo le gustaba compararse.

### *Giros a la izquierda*

Esta posición en tierra de nadie del IRA ofrecía escasas perspectivas de victoria final, algo de lo que su equipo dirigente, agrupado en torno a Gerry Adams, era muy consciente a finales de la década de 1970, y que propició el intento de ampliar el alcance del movimiento mediante el lanzamiento del Sinn Féin en el campo de la política electoral, tarea en la que sus líderes fueron ayudados en gran medida por la obcecación de Thatcher durante las huelgas de hambre republicanas de 1980-1981<sup>9</sup>. Los primeros resultados electorales del Sinn Féin suscitaron la esperanza (o el temor) de que el ala política del IRA pudiera superar pronto a su principal rival nacionalista, el Social Democratic and Labour Party (SDLP). Sin embargo, la impopularidad de las campañas del IRA más allá del núcleo del movimiento bloqueó la realización de esa perspectiva, provocando finalmente un giro hacia el proceso de paz de la década de 1990.

Por la misma razón, el Sinn Féin no pudo conseguir muchos votos en la República de Irlanda durante la década de 1980, aun después de abandonar en 1986 su política de abstención en el Dáil, la Asamblea Irlandesa. En una entrevista de 1983, Gerry Adams advirtió que un programa puramente nacionalista no sería suficiente para ganar apoyos en un Estado que no había experimentado el dominio británico durante más de seis décadas: la oposición a las «políticas monetaristas thatcherianas» desde la izquierda era esencial. En opinión de Adams, la resonancia emocional de los acontecimientos registrados en Irlanda del Norte era demasiado leve: «No se puede conseguir apoyo en Ballymun, porque los británicos hayan echado las puertas abajo en Ballymurphy»<sup>10</sup>. Ello

---

<sup>9</sup> F. Stuart Ross, *Smashing H-Block: The Rise and Fall of the Popular Campaign against Criminalization 1976-1982*, Liverpool, 2011.

<sup>10</sup> Michael Farrell, «We Have Now Established a Sort of Republican Veto», *Magill*, 30 de junio de 1983.

subestimaba la magnitud del problema, que no podía resolverse simplemente añadiendo al programa del Sinn Féin reivindicaciones basadas en cuestiones de clase. Las bombas que estallaban en Belfast y el miedo a que empezaran a estallar en Dublín o Cork, seguían siendo un obstáculo para la estrategia del partido en el sur de Irlanda. Sin embargo, Adams y sus compañeros tenían razón al creer que la mejor oportunidad del Sinn Féin para ganar apoyos en el sur era posicionarse como un partido de izquierda arraigado en las comunidades de la clase trabajadora, aunque esta idea tardó mucho más de lo esperado en dar sus frutos, que finalmente se cosecharon con el espectacular aumento de los votos obtenidos por el partido en el sur de Irlanda tras la crisis financiera de 2008.

Este giro pragmático hacia la izquierda, alejado de un nacionalismo militante carente de contenido social, se reprodujo de forma más cívica en el SNP. Tras el revés del referéndum de devolución de 1979, un grupo de activistas más jóvenes, liderados por Alex Salmond, un economista que entonces tenía veintitantos años, argumentó que el partido debía adoptar un programa de izquierda y orientarse hacia la clase trabajadora escocesa. Bajo el lema «Scottish Resistance», llamaron a una campaña de desobediencia civil contra el gobierno de Thatcher, que imponía recortes en el gasto público y combatía al movimiento sindical<sup>11</sup>. Aunque los tradicionalistas del SNP organizaron y lograron la expulsión del grupo, ello resultó ser un triunfo efímero. El SNP tenía razones de peso para adoptar una postura ideológica clara frente a un gobierno *tory* que nunca estuvo cerca de obtener una gran cantidad de votos en Escocia, pero que dependía en gran medida de los ingresos del petróleo del Mar del Norte para compensar una recesión monetarista autoinfligida y sobornar así a los distritos electorales del sur de Inglaterra con recortes fiscales<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> David Torrance, «The Journey from the 79 Group to the Modern SNP», en Gerry Hassan (ed.), *The Modern SNP: From Protest to Power*, Edimburgo, 2009, p. 170. El espíritu inconformista de la facción tenía sus límites. Ante la insistencia de Salmond, sus miembros rechazaron una invitación para intervenir en la conferencia del Sinn Féin, aunque ello no impidió que la vieja guardia del SNP utilizara los supuestos lazos entre el republicanismo irlandés y el Grupo 79 como bastón para golpear a este último: *ibid.*, pp. 168-169. Además de la división izquierda/derecha presente en el seno del SNP, aproximadamente análoga a la existente en el Partido Laborista británico en la misma época, también existía una acerba disputa entre los gradualistas partidarios de la devolución y quienes no se conformaban con nada por debajo de la soberanía plena. El Grupo 79 pertenecía al primer bando: aunque Salmond abandonó más tarde muchas de las posiciones de su juventud, su opinión de que la devolución podría ser un peldaño útil en el camino hacia la independencia se mantuvo constante a lo largo de las décadas siguientes.

<sup>12</sup> Christopher Harvie, *Fool's Gold: The Story of North Sea Oil*, Londres, 1994, pp. 286-289.

Las políticas thatcheristas tuvieron un efecto desproporcionado sobre la economía escocesa, fuertemente industrializada, y la decisión de hacer de Escocia el conejillo de indias para la introducción del *poll tax* fue una burda provocación que desató la consabida reacción popular.

En noviembre de 1988, el tráfuga laborista Jim Sillars obtuvo una famosa victoria en las elecciones parciales de Glasgow Govan en beneficio del SNP tras superar a su antiguo partido al apoyar el impago del impuesto<sup>13</sup>. Sillars se había unido a Salmond, quien había abandonado los elementos más espinosos del programa del Grupo 79 (especialmente su republicanismo), se había asegurado su readmisión en el SNP y había obtenido un escaño para el partido en las elecciones de Westminster de 1987. En 1990 Salmond era el líder del partido, habiendo ganado la discusión para que el SNP se definiera como un partido socialdemócrata de centro-izquierda, aunque aún estaba por ver lo que esa identidad significaría en términos de política concreta. Salmond sacó al partido del estancamiento comparativo de la década de 1980, obteniendo más del 20 por 100 del voto escocés en 1992 y de nuevo en 1997, cuando la victoria electoral del Nuevo Laborismo y los procesos de descentralización que introdujo, complementados por el Acuerdo de Viernes Santo de 1998 para Irlanda del Norte, inauguraron una nueva etapa.

## 2. MOVIMIENTOS TECTÓNICOS

El Sinn Féin y el SNP decidieron trabajar dentro de los marcos establecidos por el Nuevo Laborismo, aunque estos quedaran muy lejos de sus objetivos finales, lo cual supuso un cambio mucho mayor para el partido irlandés, que durante mucho tiempo había exigido el compromiso británico de retirarse en un plazo fijo como condición *sine qua non* de un acuerdo de paz. Desde la Declaración de Downing Street de 1993, el grupo dirigente de Adams tenía perfectamente claro que no habría tal compromiso, pero decidieron continuar con el proceso de paz de todos modos a falta de una opción mejor. Al respaldar el Acuerdo de Viernes Santo de 1998, el Sinn Féin aceptó tácitamente «el reconocimiento de la legitimidad de la opción ejercida libremente por la mayoría del pueblo de Irlanda del Norte con respecto de su estatus», como dictaba la cláusula

---

<sup>13</sup> Conrad Landin, «The Govan By-Election: Thirty Years On», *Tribune*, 16 de enero de 2019. Sillars fue una especie de mentor de Salmond durante sus primeros años, pero se convirtió en uno de sus críticos más ásperos a partir de la década de 1990.

inicial del Acuerdo sobre cuestiones constitucionales, posición que consagraba en realidad el principio que el partido había denunciado durante tanto tiempo como el «veto unionista». Por el contrario, pedir el «sí» en el plebiscito escocés de septiembre de 1997 no exigía que el SNP se tragara ninguna píldora de este tipo, ya que la unidad política en la que se producía este acto de autodeterminación era Escocia, no Gran Bretaña. Sin embargo, el gobierno de Blair no admitió que el derecho escocés a la autodeterminación pudiera incluir la salida del Reino Unido.

¿Cómo debemos interpretar los cambiantes alineamientos antiunionistas registrados en estos nuevos marcos constitucionales subnacionales? En la década de 1970, un pequeño grupo marxista-leninista denominado British and Irish Communist Organization (BICO) lanzó un ataque sin concesiones contra el nacionalismo tradicional irlandés. Como gran parte de las tomas de posición de BICO, el razonamiento era erróneo, pero lo era de una forma estimulante. Explorar el porqué ayuda a ilustrar la evolución de la política en Escocia e Irlanda del Norte desde finales de la década de 1990. El pecado original de la gobernanza británica en Irlanda del Norte, argumentaba BICO, era el establecimiento de un parlamento local cuando en realidad lo que la región requería era la plena integración en la política del Reino Unido:

Belfast se desarrolló como un elemento del gran trío de ciudades capitalistas que incluía también a Liverpool y Glasgow. Incluso el problema «sectario» de Belfast era compartido, aunque en menor medida, por Liverpool y Glasgow [...] si todavía quedan restos del conflicto católico/protestante en el movimiento obrero de estas dos ciudades, a pesar de su implicación en la vida política británica, ¿no es probable que ese conflicto hubiera seguido floreciendo en ambas, si hubieran quedado aisladas de la política británica y se hubieran visto obligadas a replégarse sobre sí mismas, como ocurrió con Belfast?<sup>14</sup>

El paralelismo establecido por BICO entre Belfast y Glasgow tropieza, sin embargo, con un obstáculo evidente. Aunque en la sociedad escocesa existe desde hace mucho tiempo una división sectario-religiosa, además de una división entre nacionalistas y unionistas de creciente importancia política, ambas no se corresponden claramente entre sí<sup>15</sup>. Como resul-

<sup>14</sup> Workers' Association, *The Ulster General Strike*, 2ª edición ampliada, julio de 1977, pp. 2-3.

<sup>15</sup> El Partido Conservador se apoyó durante muchos años en la base electoral formada por los trabajadores protestantes cualificados y sufrió la disminución de la importancia de la identidad religiosa a finales del siglo XX. Sin embargo, el SNP también era percibido en realidad como un partido protestante entre los católicos escoceses, pero trabajó asiduamente (y con éxito) para desprenderse de tal percep-

tado de ello la maleabilidad de la lealtad nacional en Escocia es mucho mayor. Si el comportamiento político de los protestantes y católicos escoceses fuera tan predecible como el de sus homólogos norirlandeses, el sistema de partidos británico no habría podido, sin duda, disolver el iceberg comunal<sup>16</sup>.

La naturaleza diferenciada de las asambleas que el Nuevo Laborismo estableció en Belfast y Edimburgo refleja la diferencia. El sistema electoral destinado al Parlamento escocés se diseñó para evitar que un partido obtuviera la mayoría de los escaños, pero por lo demás no había límites al alcance de la competencia política<sup>17</sup>. En Irlanda del Norte, por el contrario, los arquitectos del Acuerdo de Viernes Santo dieron por sentado que las rígidas identidades etnonacionales impedirían que los votantes y los partidos se desplazaran de un lado a otro entre unas elecciones y las siguientes. Para bloquear el retorno de un gobierno mayoritario sin fisuras, los miembros de la asamblea local debían definirse como unionistas, nacionalistas u «otros», existiendo elaborados mecanismos para garantizar el consentimiento intercomunitario. El gobierno de coalición, en caso de que existiera, estaría abierto *de iure* a cualquier partido que superara un modesto umbral de votos.

En Escocia, los partidos unionistas –laboristas, liberales, conservadores– obtuvieron dos tercios de los escaños en los dos primeros parlamentos de Holyrood; desde 2011, están en minoría. Ese tipo de oscilación sería inimaginable en Irlanda del Norte, donde las preferencias políticas tienen raíces profundas y multigeneracionales. Es mucho más fácil para un votante laborista transferir su lealtad al SNP –lo que, después de todo, significa desertar de un partido que ha favorecido durante mucho tiempo el autogobierno escocés dentro del Reino Unido en pro de otro preparado para trabajar mediante las estructuras de la devolución como paso previo a la plena independencia– que para un unionista norirlandés apoyar al Sinn Féin o incluso al SDLP.

---

ción al hilo de su ascenso a la hegemonía electoral: T. Devine, *¿Independence or Union? Scotland's Past and Scotland's Present*, cit., pp. 148-149, 224-225.

<sup>16</sup> Los partidarios del BICO, tras haber hecho una campaña infructuosa para que el Partido Laborista británico presentara candidatos en Irlanda del Norte, apoyaron la extensión del Partido Conservador al otro lado del Mar de Irlanda desde finales de la década de 1980, pero la iniciativa tuvo un impacto insignificante en la cultura política de la región, lo que sugiere que los votantes unionistas se sentían más cómodos manteniéndose a distancia del entramado político británico predominante, Colin Coulter, «The Origins of the Northern Ireland Conservatives», *Irish Political Studies*, vol. 16, núm. 1, 2001.

<sup>17</sup> El SNP todavía logró formar gobierno en solitario en 2011 tras haber obtenido 69 escaños.

En Irlanda del Norte, el desgaste del apoyo unionista en el Parlamento de Stormont fue marginal entre 1998 y 2016, pasando de 58-59 escaños a 55, o sea del 50,5 a algo menos del 48 por 100 del porcentaje de voto, lo cual suponía aproximadamente diez puntos más que el bloque antiunionista y suponía una diferencia ligeramente menor que la existente en 1998. Desde entonces, el cambio ha sido más pronunciado. En 2022, el voto unionista combinado se situaba en algo más del 40 por 100, ligeramente por detrás (aproximadamente dos mil votos) del obtenido por los partidos que apoyan una Irlanda unida<sup>18</sup>. Los cambios moleculares que se están produciendo en las dos últimas décadas, del cambio demográfico al ascenso de una nueva generación que no recuerda el conflicto, significan que un voto a favor de la unidad de Irlanda es ahora concebible, aunque no sea en absoluto algo seguro. Durante el mismo periodo, se ha producido un notable aumento del apoyo al bloque no alineado de los agnósticos constitucionales, con el Alliance Party y los Verdes como componentes principal y secundario, que ha pasado entre 1998 y 2022 de obtener poco más del 8 por 100 a lograr el 15 por 100 de los votos en 2022. Durante el mismo periodo, el crecimiento electoral del Sinn Féin se ha producido principalmente a expensas del SDLP<sup>19</sup>.

Al igual que en Escocia, no podemos deducir el resultado probable de un referéndum a partir de los últimos resultados electorales, entre otras cosas porque una votación sobre el futuro constitucional de la región probablemente atraería a parte de los votantes desconectado de las contiendas más cotidianas. Los defensores de la unidad irlandesa tendrán que ganarse a un amplio segmento del bloque no alineado, si quieren tener alguna esperanza de éxito, mientras la disputa sobre las relaciones económicas de Irlanda del Norte con el Reino Unido y la Unión Europea tras el Brexit marcará los contornos de la opinión popular de una manera imprevisible. La pretensión de lograr la unión de Irlanda por parte del Sinn Féin ya no tiene la apariencia quijotesca de hace una década.

---

<sup>18</sup> Los votos a favor del People Before Profit, un pequeño partido de izquierda que no se define como «nacionalista» en la Asamblea de Irlanda del Norte, pero que está intensamente a favor de la unificación de Irlanda, impulsaron una postura radicalmente antiunionista.

<sup>19</sup> El porcentaje de votos obtenido por el SF-SDLP en 2022 fue ligeramente inferior al conseguido en 1998. Sin embargo, hay que tener en cuenta que en estas elecciones se presentó un nuevo partido conservador y antiabortista denominado Aontú, formado por un tráfuga del Sinn Féin del sur del país, Peadar Tóibín, que concurrió por primera vez a unas elecciones regionales. Si se suman los votos de Aontú a los del Sinn Féin y el SDLP, el bloque nacionalista se mantiene constante desde la primera votación de la Asamblea.

## ¿Intereses del Estado?

Paradójicamente, los mismos factores que hicieron que el conflicto en Irlanda del Norte fuera tan intratable e impidieron que el Sinn Féin superara a los partidos unionistas de la misma manera que el SNP, aseguran ahora que exista un camino más claro hacia la celebración de un referéndum en Irlanda del Norte que en Escocia. La devolución en Irlanda del Norte fue producto de un tratado internacional que otorgó al gobierno de Dublín un papel consultivo formal en los asuntos de la región, mientras el texto del Acuerdo de Viernes Santo de 1998 ordena al secretario de Estado británico celebrar un plebiscito «si en algún momento pareciera probable que una mayoría de los votantes expresara su deseo de que Irlanda del Norte deje de ser parte del Reino Unido y forme parte de una Irlanda unida». La votación de 2014 sobre la independencia de Escocia fue el producto de un acuerdo bilateral entre Cameron y Salmond y los políticos de Westminster no están obligados a repetir el ejercicio en momento futuro alguno.

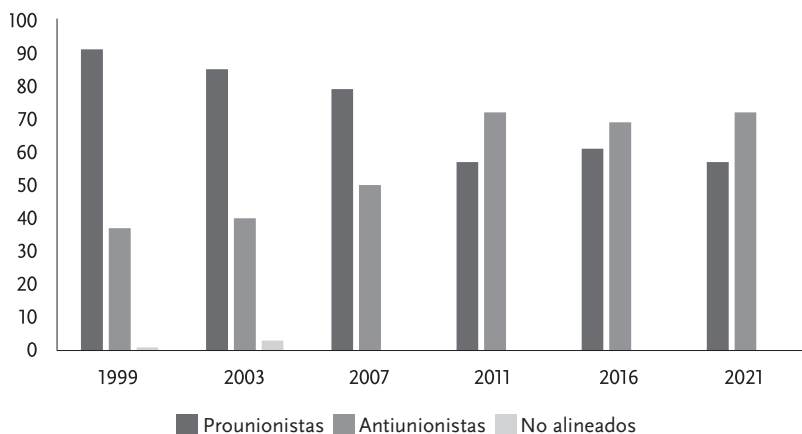
Es cierto que la cláusula del Acuerdo de Viernes Santo sobre la consulta de las eventuales fronteras de Irlanda del Norte no especifica ningún mecanismo para determinar la probabilidad de un voto a favor de la unidad irlandesa. El secretario para Irlanda del Norte de Johnson, Brandon Lewis, se apresuró a negar que el resultado de las elecciones legislativas a la Asamblea de Stormont de mayo de 2022 acerque la celebración de un referéndum. Pero sería una burla al Acuerdo si el gobierno británico se negara a actuar si se enfrentase a una mayoría nacionalista en Stormont y a un flujo constante de encuestas que mostrasen el apoyo al cambio constitucional. Esto plantea la cuestión de los intereses de Estado, incrustados en la letra pequeña de la Declaración de Downing Street de 1993, que afirmaba que el gobierno británico no tenía «ningún interés estratégico o económico egoísta en Irlanda del Norte». Esa declaración no era una negación de interés tan clara como podríamos imaginar. En opinión de Fergus Finlay, asesor del ministro irlandés de Asuntos Exteriores Dick Spring, el gobierno de Dublín trató infructuosamente de conseguir la inclusión de una coma entre las palabras “egoísta” y “estratégico” («[...] *no selfish strategic or economic interest* [...]») <sup>20</sup>. John McGarry y Brendan O’Leary constataron que el ministro de la Oficina para Irlanda del Norte de Major, Michael Ancram, «se esforzaba por

---

<sup>20</sup> Eamonn Mallie y David McKittrick, *Endgame in Ireland*, Londres, 2001, pp. 157-158.

señalar la importancia» de la exclusión de la coma cuando hablaron con él al respecto<sup>21</sup>. Aun así, hay pocas razones para pensar que los políticos británicos se lanzarían a defender la Unión con Irlanda del Norte si hubiera una sólida mayoría en contra de la misma, al menos no por el valor intrínseco de la región para ellos. Los términos en los que el gobierno de Johnson resolvió la crisis del Brexit fueron una declaración de indiferencia hacia la causa unionista mucho más elocuente y convincente que la Declaración de Downing Street.

FIGURA I. Escaños en el Parlamento Escocés, 1999-2021.

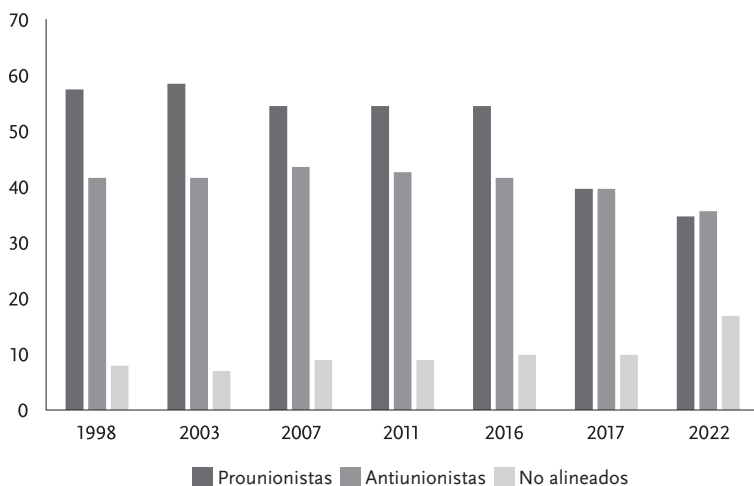


Nota: 129 escaños, de los cuales se precisa de 65 para disponer de mayoría. Cifras de los no alineados/ambiguos: en 1999 Dennis Canavan se presentó como independiente después de que la dirección del Partido Laborista bloqueara su selección como candidato. Canavan conservó su escaño en 2003 y tanto el Scottish Senior Citizens' Party como un activista independiente pro sanidad pública se unieron a él. Posteriormente fue presidente de la campaña Yes Scotland por la independencia en 2014.

<sup>21</sup> «El significado de la frase pertinente debe ser, por lo tanto, que Gran Bretaña no tiene un “interés estratégico egoísta” en Irlanda del Norte, pero que puede tener otro interés egoísta, como la autoidentificación con quienes desean seguir formando parte de la Unión, aunque ese interés egoísta no puede ser económico. Alternativamente, también puede interpretarse como que Gran Bretaña tiene un interés estratégico no egoísta en Irlanda del Norte, una posibilidad que está abierta a múltiples interpretaciones, incluyendo un interés estratégico conjunto con la República [de Irlanda] en la estabilidad», John McGarry y Brendan O’Leary, *Explaining Northern Ireland*, Oxford, 1995, p. 418.



FIGURA 2. Escaños en la Asamblea de Irlanda del Norte, 1998-2022.



Nota: durante el periodo 1998-2016, 108 escaños, de los cuales se precisa de 55 para disponer de mayoría; desde 2017, 90 escaños, de los cuales se precisa de 46 para disponer de mayoría. Las cifras de antiunionistas del periodo 2016-2022 incluyen al People Before Profit.

No ha habido una declaración de este tipo respecto a Escocia y la más somera mirada al mapa geopolítico confirma que la independencia escocesa supondría una pérdida real de poder y prestigio para el Estado británico, alentando, por ejemplo, las demandas de que el Reino Unido perdiera su asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU. Este «interés estratégico o económico egoísta» en bloquear la salida de Escocia del Reino Unido podría tener efectos indirectos sobre Irlanda del Norte, invitando a los políticos británicos a adoptar una línea dura y defensiva no porque conceden gran importancia a su posesión irlandesa, sino en realidad porque temen sentar un precedente para su vecino de mayores dimensiones<sup>22</sup>.

<sup>22</sup> Jacob Rees-Mogg se refirió al tema con la delicadeza que le caracteriza en marzo de 2021: «Alguien dijo una vez que el Reino Unido no tenía ningún interés egoísta en Irlanda del Norte. Yo rebatiría esto, creo que tenemos interés en mantener a todo nuestro país unido como el Reino Unido», *The Times*, 12 de marzo de 2021. Los funcionarios de la Oficina para Irlanda del Norte que pelearon a fondo cada cláusula de la Declaración de Downing Street estarían sin duda encantados con la formulación de Rees-Mogg «alguien dijo una vez», que hace que la misma suene como si la frase ofensiva procediera de una charla de bar.

## 3. ORGANIZACIÓN E IDEOLOGÍA

A escala de liderazgo, el Sinn Féin y el SNP han experimentado transiciones paralelas durante la última década en las que un veterano varón dio paso a una mujer más joven sin que se produjera un choque en torno al liderazgo. Sin embargo, los frutos de esas transiciones no podrían haber sido más diferentes. Gerry Adams y Alex Salmond moldearon sus respectivos partidos y se mantuvieron al frente durante periodos de tiempo extraordinarios en comparación con la mayoría de sus homólogos de Europa Occidental. Adams se convirtió en presidente del Sinn Féin en 1983 y no abandonó el cargo hasta 2018 después de treinta y cinco años. Tras la primera década de Salmond como líder, entre 1990 y 2000, su sucesor, John Swinney, tuvo dificultades para calar entre los votantes escoceses y Salmond arrasó en las elecciones a la dirección del mismo de 2004, las últimas del SNP, antes de seguir en el cargo una década más. Los trasposos de poderes de Salmond a Nicola Sturgeon, acaecido en 2014, y de Adams a Mary Lou McDonald, acontecido en 2015, se produjeron sin problemas y por consenso.

Ahí termina el paralelismo. Mientras McDonald se ha resistido a las insinuaciones de los periodistas para que denuncie a su predecesor, la relación entre Sturgeon y Salmond se ha deteriorado sin posibilidad de reparación. La causa principal de esta ruptura fue la controversia surgida en torno al juicio de Salmond en 2020 en el que se ventilaban acusaciones de agresión sexual, su absolución y la posterior comparecencia de los primeros ministros pasados y presentes en una audiencia del comité de Holyrood, donde Salmond acusó amargamente a su antigua aliada de conspirar contra él<sup>23</sup>. Salmond lanzó entonces su propio grupo disidente, Alba, que atrajo a dos diputados de Westminster de la bancada del SNP, pero fracasó en las elecciones de 2021, obteniendo menos del 2 por 100 de los votos y ningún escaño. Es difícil imaginar un desencuentro similar entre Adams y McDonald y menos aún su abandono del Sinn Féin para formar un partido disidente. Si tal cosa ocurriera, es aún más difícil imaginar que McDonald y el Sinn Féin salieran indemnes de la experiencia. No existen verdaderos homólogos escoceses o ingleses que hayan representado el enorme papel que Adams ha desempeñado en la historia moderna de su partido: habría que remontarse a la carrera de Éamon de Valera como líder del Fianna Fáil para establecer una comparación significativa (aunque Adams no ha igualado a De Valera en la conquista de altos cargos).

---

<sup>23</sup> David Clegg, *Break-Up: How Nicola Sturgeon and Alex Salmond Went To War*, Londres, 2021.

A pesar de tener orígenes tan diferenciados como partidos políticos, tanto el Sinn Féin como el SNP comparten una cultura organizativa centralizada y cuentan con equipos de liderazgo muy cohesionados. Ambos tienden a mantener los desacuerdos de puertas adentro y desapruaban las críticas públicas de los miembros del partido. Estas similitudes proporcionan un contexto importante para una de las líneas de ataque preferidas de los oponentes conservadores del Sinn Féin: la afirmación de que no es un partido democrático «normal» y que no se le pueden confiar las palancas del Estado. El ejemplo escocés demuestra que un partido puede alcanzar niveles de disciplina cuasi militares sin necesidad de contar con un ejército secreto en su árbol genealógico.

De hecho, los argumentos sobre el carácter irregular del Sinn Féin se basan en gran medida en un concepto burkeano de democracia representativa, cuya santidad se presume sin que jamás se justifique por motivos racionales<sup>24</sup>. Existe un punto de acuerdo entre el partido y sus críticos: el órgano de dirección formal del Sinn Féin no es su grupo parlamentario –que son en realidad tres repartidos entre Westminster, Stormont y la Leinster House de Dublín–, sino su comité ejecutivo nacional, el Ard Comhairle, elegido por los miembros del partido. La clase política irlandesa preferiría que el Sinn Féin fuera como el Irish Labour Party o los Verdes, caracterizados por un pequeño grupo de políticos de alto nivel susceptibles de ser influenciados por los medios de comunicación y por otros poderosos intereses situado a la cabeza de los mismos. Como dijo Michael McDowell, ideólogo conservador y exministro de Justicia irlandés:

No habría posibilidad alguna de que un ministro del Sinn Féin se opusiera a la línea del partido o se pusiera del lado de los ministros de los socios de la coalición en las votaciones del gabinete. El presupuesto estaría sujeto a la aprobación interna del partido. Esta es la realidad de su *modus operandi*, no un escenario maligno imaginario<sup>25</sup>.

---

<sup>24</sup> Joe Joyce, «No room for complacency over Sinn Féin in government», *Irish Times*, 17 de enero de 2022; Michael McDowell, «Does it matter how Sinn Féin organizes itself?», *Irish Times*, 19 de enero de 2022. Para la incisiva e inmediata replica del Sinn Féin, véase Claire Kerrane, «Anti-democratic campaign against Sinn Féin wheels out the same old bogeymen», *Irish Times*, 26 de enero de 2022.

<sup>25</sup> M. McDowell, «Does it matter how Sinn Féin organizes itself», cit. Des Mackin, director financiero del Sinn Féin, respondió a acusaciones similares efectuadas por el líder del Fianna Fáil Michael Martin como sigue: «No queremos ser un Partido parlamentario, cuyo grupo dirige la organización. Queremos seguir siendo un partido de activistas. Se trata de un modelo totalmente diferente y no hay nada de misterioso en ello», Colm Keena, «Sinn Féin is the richest political party in Ireland», *Irish Times*, 5 de marzo de 2020.

Este tipo de disciplina organizativa sería, sin duda, esencial para cualquier partido que intentara aprobar incluso un programa modesto de redistribución, por no hablar de medidas más radicales. Los principales periódicos de Dublín, el *Irish Independent* y el *Irish Times*, han sido tradicionalmente hostiles al Sinn Féin. Sin embargo, ahora que el partido está bien situado para liderar el próximo gobierno en el sur de Irlanda, los analistas conservadores han empezado a modular su aproximación al mismo, sugiriendo que podrían considerar creíble al Sinn Féin si realmente fuera capaz «de ir más allá del mero enunciado de consignas populistas y esbozar un programa creíble de gobierno»<sup>26</sup>. Esta rutina del policía bueno/policía malo ha funcionado muy bien con los políticos laboristas y con los verdes irlandeses en el pasado reciente. El revuelo en torno a la cultura organizativa del Sinn Féin sugiere una cierta ansiedad ante el hecho de que esta vez no tenga el mismo efecto.

En términos funcionales, el Sinn Féin y el SNP llevan a cabo sus actividades de forma muy parecida. El SNP cuenta con su propio núcleo primordial agrupado en torno a Nicola Sturgeon y a su marido Peter Murrell, que es además el director ejecutivo del partido. La afluencia masiva de nuevos simpatizantes durante los últimos años, que ha elevado el número total de miembros de aproximadamente veinticinco mil en vísperas del referéndum de independencia de 2014 a ciento veinticinco mil a finales de 2018, apenas ha hecho mella en este modelo<sup>27</sup>. El Sinn Féin, que es un partido mucho más pequeño, también registró un fuerte aumento de nuevos inscritos después de las elecciones de 2020, aunque a una escala más limitada, contabilizando cuatro mil nuevos miembros a finales de marzo de ese año de un total de quince mil militantes registrado en el sur de Irlanda<sup>28</sup>. Sin embargo, también ha seguido siendo un partido en el que las decisiones fundamentales sobre las políticas seguidas se toman de modo vertical. Este estilo político puede ser muy eficaz en el fragor de la batalla, pero también significa, por otro lado, que el equipo dirigente puede imponer compromisos importantes sin sentir demasiado temor a la reacción de los afiliados.

El Sinn Féin ofreció un ejemplo de ello en su última conferencia del partido, el Ard Fheis, celebrada en octubre de 2021. A instancias de sus

---

<sup>26</sup> Pat Leahy, «Sinn Féin is the government-in-waiting if it can move beyond populism», *Irish Times*, 9 de octubre 2021.

<sup>27</sup> Jamie Maxwell, «Scotland still has to navigate a rocky road to independence», *Jacobin*, 3 de noviembre de 2021.

<sup>28</sup> C. Keena, «Sinn Féin is the richest political party in Ireland», cit.

dirigentes, los delegados votaron contundentemente a favor de abandonar la oposición al Tribunal Penal Especial sin jurado; el tribunal ha seguido funcionando mucho tiempo después de que el IRA Provisional depusiera las armas y ha ampliado sus competencias para abarcar otros delitos penales. Uno de los defensores del cambio fue Gerry Kelly, un veterano del IRA de Belfast convertido en político del Sinn Féin, que había sido condenado por su participación en el atentado de 1973 contra el Old Bailey [el Tribunal Penal Central de Inglaterra y Gales] de Londres. La intervención de Kelly subrayó una de las muchas paradojas de la trayectoria política del Sinn Féin: a pesar de todo lo que se dice sobre la vieja guardia de Belfast —el denominado «gabinete asesor»—, que ejercería una influencia siniestra sobre la orientación del partido, figuras como Kelly han hecho valer con frecuencia la autoridad de sus antecedentes en apoyo del compromiso y la moderación<sup>29</sup>. En otros países de Europa Occidental, la política exterior suele ser el principal campo de batalla en el que los partidos de izquierda se enfrentan a una presión para que muestren su aquiescencia. El Estado irlandés, en cambio, suele estar más preocupado por las amenazas internas a su autoridad. Los tribunales sin jurado, que han sido responsables de algunos errores judiciales notorios, desempeñan el mismo papel totémico en la cultura política de Dublín que la OTAN y el programa nuclear Trident en la de Westminster. La periodista Aoife Moore señaló el significado más amplio de la iniciativa del Sinn Féin: «Negociar y renunciar a cosas en las que en otro momento se creyó es quizá inevitable para un partido que siempre ha sido experto en jugar a largo plazo. No obstante, la voluntad de representar todo para todos supone correr el riesgo de no representar nada para nadie»<sup>30</sup>.

En términos de ideología formal, el Sinn Féin y el SNP se definen como partidos de izquierda —«de centro izquierda y socialdemócrata», en el caso del SNP—, pero comparten una concepción de la política que subordina sus objetivos sociales y económicos a la cuestión nacional. El Sinn Féin tiene una teorización más elaborada de este planteamiento «etapista» que el SNP, que se remonta a la década de 1980, cuando Adams empezó a temer que una retórica de izquierda dura y una política efi-mera a favor del aborto estuvieran obstruyendo el crecimiento electoral

---

<sup>29</sup> Gerry Adams también envió a Kelly al País Vasco en varias ocasiones para apoyar la posición de Arnaldo Otegi en el seno del movimiento *abertzale* frente a la oposición de los irreductibles de ETA partidarios de proseguir la lucha armada, Teresa Whitfield, *Endgame for ETA: Elusive Peace in the Basque Country*, Oxford, 2014, pp. 87, 162.

<sup>30</sup> Aoife Moore, «How much is Sinn Féin willing to give up in its quest for power?», *Irish Examiner*, 31 de octubre de 2021.

del partido y su capacidad para formar alianzas con los nacionalistas conservadores<sup>31</sup>. La dirección del SNP ha revelado su orientación de una forma más pragmática, virando hacia la izquierda o la derecha en función de dónde vea la mayor ventaja.

Desde las elecciones parciales de Glasgow Govan celebradas en 1988 hasta la derrota del Partido Laborista en Escocia en 2015, los dictados del pragmatismo indicaron que el SNP debía posicionarse en el flanco izquierdo del Partido Laborista, tarea no demasiado difícil durante la transición de Kinnock a Miliband, pasando por Smith, Blair y Brown<sup>32</sup>. El hecho de que el Partido Laborista se desplazara tanto hacia la derecha durante este periodo protegió en gran medida de un escrutinio detallado a la propia marca de socialdemocracia del SNP. Salmond trató de montar dos caballos a la vez, sugiriendo que una Escocia independiente podría combinar los niveles noruegos de provisión social con los niveles irlandeses del impuesto de sociedades, invocando la famosa curva del economista estadounidense Arthur Laffer en apoyo de este batiburrillo ideológico<sup>33</sup>. Salmond, que trabajó para el Royal Bank of Scotland antes de convertirse en diputado, se refería con frecuencia al sector financiero escocés como una de las joyas de la corona de la economía nacional, y se mostraba tan favorable a una «regulación ligera» antes del crac de 2008 como Gordon Brown. Un cuidadoso análisis del programa económico del partido, publicado poco después de su primera victoria en las elecciones de Holyrood en 2007, lo describía como «neoliberalismo con corazón»<sup>34</sup>.

Las drásticas políticas proausteridad de la coalición del Partido Conservador y de los Liberal-Democráticos británicos dio un nuevo impulso a la imagen socialdemócrata del SNP. Salmond y Sturgeon convirtieron la oposición a la austeridad de Westminster en un punto central de su campaña independentista en 2014. Los nuevos votantes que adquirió el partido en 2015 eran «claramente más de izquierdas» que su electorado anterior<sup>35</sup>. Sin embargo, la elección de Corbyn como líder del Partido Laborista ese verano y el referéndum del Brexit al año

<sup>31</sup> Daniel Finn, *One Man's Terrorist: A Political History of the IRA*, Londres y Nueva York, 2019, pp. 178-179.

<sup>32</sup> Gerry Hassan y Eric Shaw, *The Strange Death of Labour Scotland*, Edimburgo, 2012.

<sup>33</sup> David Torrance, *Salmond: Against the Odds*, Edimburgo, 2015.

<sup>34</sup> Jim Cuthbert y Margaret Cuthbert, «SNP Economic Strategy: Neoliberalism with a Heart», en G. Hassan (ed.), *The Modern SNP: From Protest to Power*, cit., pp. 106-108.

<sup>35</sup> Rob Johns y James Mitchell, *Takeover: Explaining the Extraordinary Rise of the SNP*, Londres, 2016, p. 243.

siguiente cambiaron el cálculo. Sturgeon no dudó en atacar a Corbyn desde la derecha cuando se le presentó la oportunidad<sup>36</sup>. Mientras tanto, el voto del Brexit y la disyuntiva que puso de manifiesto entre la opinión pública inglesa y la escocesa la llevaron a reacomodar el discurso del SNP a favor de la independencia, recalcando la continuidad liberal-centrista en lugar de la ruptura con el *statu quo*, lo cual cuadraba perfectamente con la propia «preferencia de Sturgeon por una gestión tecnocrática moderada y amable a expensas del cambio estructural», dicho en palabras de Jamie Maxwell<sup>37</sup>. La concepción económica del partido para una Escocia independiente se encuentra sólidamente anclada dentro de los duros límites de la ortodoxia neoliberal<sup>38</sup>.

### *Programas*

Históricamente, la política exterior ha sido una de las líneas de demarcación más claras entre los nacionalistas escoceses e irlandeses, y los principales partidos británicos, esto es, el Partido Conservador, el Partido Laborista y los Liberal-Demócratas. Salmond enfureció a los respetables líderes de opinión al oponerse a la guerra de los Balcanes de la OTAN en 1999 y más tarde convirtió Iraq en un tema de referencia. Sin embargo, en la última década se ha producido un marcado cambio en este ámbito. El SNP sigue manteniendo su compromiso totémico de hacer de Escocia una zona libre de armas nucleares, pero los diputados del partido en Westminster votaron a favor de la campaña de bombardeos de la OTAN sobre Libia en 2011, mientras una resolución tomada en la conferencia del partido celebrada en octubre del año siguiente eliminó la política de oposición a la pertenencia a la OTAN. En aquel momento, Salmond y Sturgeon presentaron esta decisión como un movimiento táctico para desactivar una posible fuente de controversia antes del voto por la independencia.

---

<sup>36</sup> *Inter alia*, Sturgeon ha secundado de modo discreto y oportunista la metacontroversia del «antisemitismo del Partido Laborista» durante el periodo previo a las elecciones generales de 2019 e incluso ha afirmado no estar segura de si Corbyn era personalmente antisemita: Alistair Grant, «Sturgeon accuses Corbyn of failing to deal with antisemitism as he heads to Scotland», *The Herald*, 13 de noviembre de 2019. Si los opositores del SNP pusieran el mismo empeño en construir una falsa narrativa de «antisemitismo del SNP» endémico y cuasi genocida, no tendrían muchos problemas en ensuciar el nombre de Sturgeon de forma tan exhaustiva como hicieron con el de Corbyn (aunque quizá no recibirían la misma ayuda de los colegas parlamentarios de la líder del SNP).

<sup>37</sup> Jamie Maxwell, «Scotland's Manager», *NLR-Sidecar*, 21 de mayo de 2021.

<sup>38</sup> Laurie Macfarlane, «The SNP must rethink its economic model for an independent Scotland», *openDemocracy*, 27 de octubre de 2020; Rory Scothorne, «The dark side of the SNP's economic model», *New Statesman*, 16 de junio de 2021.

Sin embargo, el portavoz de defensa del SNP, Stewart McDonald, conmemoró el décimo aniversario del cambio de política del partido en febrero de 2022 con un himno de alabanza a la Alianza Atlántica publicado en *The Scotsman* en el que describía a la OTAN, a la UE y a la ONU como «bienes públicos internacionales»; las palabras «Afganistán» y «Libia» no aparecían<sup>39</sup>. La tensión existente entre la oposición al programa nuclear Trident y el apoyo a la OTAN será, sin duda, un punto de presión clave en la campaña en pro de un nuevo referéndum<sup>40</sup>.

Por su parte, el Sinn Féin se ha opuesto sistemáticamente a las guerras del Estado británico, lo que no es sorprendente a la luz de su historia. También ha criticado las iniciativas del Estado irlandés para diluir su política de neutralidad militar y alinearse con la OTAN. El instinto de contemporización del Sinn Féin se encuentra en otra parte, esto es, en su deseo de buscar el apoyo de los irlandeses-estadounidenses y forjar vínculos con los políticos del Capitolio, una tendencia que es especialmente pronunciada cuando hay un presidente demócrata en la Casa Blanca. La oposición del Sinn Féin a la OTAN se enfrentará a una prueba más dura si una Irlanda unida parece ser una posibilidad realista, en cuyo caso oiremos hablar mucho de la supuesta necesidad imperativa de que un Estado incluyente de toda Irlanda se una a la alianza como gesto de buena voluntad hacia los unionistas<sup>41</sup>.

En lo que respecta a la política económica, el Sinn Féin hace tiempo que descartó el anticapitalismo un tanto retórico que sus dirigentes plantearon a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980. Su programa para el sur del país no propone ninguna alteración radical del paradigma económico que se ha desarrollado y mutado en las últimas décadas, basado en grandes inyecciones de capital extranjero. El portavoz de finanzas del partido, Pearse Doherty, ha asegurado a las

---

<sup>39</sup> Stewart McDonald, «Independent Scotland should be a NATO member so it can play its part in maintaining peace», *The Scotsman*, 19 de febrero de 2022

<sup>40</sup> Un documento para la European Leadership Network elaborado por un almirante británico retirado instaba a la OTAN a declarar que la adhesión sería difícil, si no imposible, «en caso de que una Escocia independiente adoptara políticas que pusieran en grave peligro o eliminaran la disuasión nuclear, la cual constituye un elemento vital de la seguridad de la Alianza», John Gower, «Implications for United Kingdom nuclear deterrence should the Union fail», European Leadership Network Policy Brief, abril de 2021.

<sup>41</sup> Para un ejemplo de tales argumentos, que presenta la oposición a la OTAN como un pretexto para el odio sectario, véase Newton Emerson, «Joining NATO would send powerful message to unionists», *Irish Times*, 4 de abril de 2019.



empresas extranjeras que no deben preocuparse por la expropiación ni por el aumento de los impuestos<sup>42</sup>. Por su parte, los grupos de presión empresariales han empezado a tantear al partido<sup>43</sup>. El manifiesto de la campaña del Sinn Féin para las próximas elecciones generales en el sur de Irlanda se concentrará en la inversión en vivienda pública y sanidad, confiando en el modelo de crecimiento establecido para financiar sus promesas. En sí misma, la materialización de las propuestas contenidas en dicho manifiesto requeriría cierta combatividad a la hora de enfrentarse a los intereses empresariales privados, la cual ha brillado por su ausencia en todos y cada uno de los gobiernos irlandeses constituidos desde la independencia.

Al debatir las deficiencias del SNP o del Sinn Féin como fuerzas de izquierda no debemos caer en la línea de razonamiento esgrimida con frecuencia por los políticos del Partido Laborista británico consistente en desestimar a quienes quieren romper el Reino Unido como «nacionalistas» contrastando su carácter político con el planteamiento supuestamente prístino de los laboristas en lo referido a las cuestiones de clase<sup>44</sup>. En realidad, los laboristas son tan nacionalistas como el SNP, si no más, pero su lealtad se dirige al Estado británico existente en lugar de a un supuesto Estado escocés. La OTAN y el programa nuclear Trident ocupan un lugar mucho más importante en el mundo mental del grupo parlamentario del Partido Laborista que los derechos de los trabajadores o el National Health System (NHS) y Corbyn evitó desafiar el punto de vista del partido sobre estas cuestiones cuando fue líder del mismo, aunque ello le hizo ganar poco crédito ante su grupo parlamentario. El giro a la derecha del SNP ha

---

<sup>42</sup> Hugh O'Connell, «Pearse Doherty Interview: "Big business and investors know Sinn Féin won't go after them"», *Irish Independent*, 10 de octubre de 2021. Tras unas tensas negociaciones mantenidas en el otoño del año pasado en las que los ministros hicieron gala de una truculencia totalmente ausente en anteriores negociaciones con la Troika, el gobierno del Fine Gael-Fianna Fáil-Partido Verde acordó un tipo internacional básico para el impuesto de sociedades del 15 por 100 para 2023, lo cual significa incrementar el tipo vigente en el país de su porcentaje actual del 12,5 por 100.

<sup>43</sup> Michael Brennan, «How Ireland Inc is changing tack as Sinn Féin's path to power opens up», *Sunday Business Post*, 21 de noviembre de 2021.

<sup>44</sup> Alan Kelly, el antiguo líder del Irish Labour Party, dirigió puyas similares al Sinn Féin, sugiriendo que el partido era más nacionalista que socialista: Aiden Corkery, «Kelly claims Sinn Féin is attracting right-wing nationalists», *Sunday Business Post*, 3 de enero de 2021. Independientemente de los méritos objetivos de la acusación, esta sonaba realmente absurda en boca de Kelly, que fue ministro de la coalición Fine Gael-Partido Laborista que llevó a cabo drásticos recortes en el gasto público entre 2011 y 2016, siguiendo las instrucciones de la Troika. Mientras que el Sinn Féin puede seguir una estrategia de dos etapas, los laboristas en Irlanda siempre se han aferrado a una estrategia sin etapas para lograr el socialismo o incluso la socialdemocracia.

sido un proceso gradual; la precipitación de los laboristas a la hora de alejarse del programa que Corbyn y John McDonnell desarrollaron después de 2015 ya los ha llevado mucho más lejos que su rival escocés.

#### 4. DOS PARTIDOS, TRES SISTEMAS

La distinción más importante entre el Sinn Féin y el SNP a fecha de hoy en día se refiere a sus respectivos ámbitos de actuación. El Sinn Féin goza de un estatus único en Europa Occidental, si no en todo el mundo contemporáneo, porque como partido individual posee una base política significativa en dos Estados distintos. Todavía en 2007, un columnista del *Irish Times*, Noel Whelan, podía excluir alegremente las posibilidades del partido de desplazar a sus rivales conservadores:

Mientras que en Irlanda del Norte, el Sinn Féin es ahora un partido global que domina el lado nacionalista, en la República de Irlanda ha sido, y en estos momentos parece que seguirá siendo, un partido de nicho situado en el extremo izquierdo del espectro republicano más vehemente<sup>45</sup>.

Desde el crac económico de 2008, el partido ha desmentido esa predicción canalizando la ira popular detrás de un programa de izquierda y ganando apoyo de forma constante. Tras obtener el 14 por 100 de los votos en 2016, el Sinn Féin subió hasta casi el 25 por 100 en las elecciones irlandesas de febrero de 2020, poco antes de que la pandemia afectara a Europa, obteniendo el número de votos más elevado entre los partidos concurrentes, lo que obligó a Fianna Fáil y Fine Gael –los partidos que se han alternado al frente de todos los gobiernos irlandeses desde la década de 1930– a unirse en una gran coalición para mantenerlo fuera del gobierno.

Desde entonces, el Sinn Féin se ha consolidado como el mayor partido de la República de Irlanda. Su estimación media de voto en las encuestas de 2021 superaba el 31 por 100, muy por delante de su rival más cercano, el Fine Gael. El electorado del Sinn Féin antes de 2020 tenía una fuerte orientación hacia los votantes más jóvenes y de clase trabajadora, pero ahora ha ampliado su atractivo. Un sondeo realizado en diciembre de 2021, que otorgaba al partido una cuota de voto global del 35 por 100, sugería que ahora constituía la opción más popular en todas las

---

<sup>45</sup>Noel Whelan, «Predicting election outcome a precarious endeavour», *Irish Times*, 2 de junio de 2007.

cohortes de edad, excepto entre los mayores de 65 años, y en todos los grupos sociales incluidos en la clasificación oficial, que los encuestadores irlandeses han importado de Gran Bretaña, con la excepción de los agricultores<sup>46</sup>. El aumento de la popularidad del Sinn Féin no refleja un repunte del nacionalismo militante, si bien la mayoría de sus votantes estarían, sin duda, contentos ante la opción de una Irlanda unida. Estos han gravitado hacia el partido durante la última década principalmente porque lo consideran como el rival más eficaz de la vieja guardia política y del modelo económico que esta ha supervisado. En lo que se refiere a su grupo dirigente, el Sinn Féin puede dar prioridad a la cuestión nacional sobre las cuestiones sociales y económicas, pero ello no significa que su electorado en general también lo haga. Si el partido acaba formando gobierno en Dublín, pero se muestra incapaz de ofrecer beneficios tangibles a sus partidarios de la clase trabajadora, podría sufrir el mismo destino que el Irish Labour Party, que desperdició la primera oportunidad de romper el molde conservador en 2011 y ahora se ve reducido a subsistir en los márgenes del sistema político.

En Irlanda del Norte, el Sinn Féin y el Democratic Unionist Party (DUP) han gobernado juntos durante la mayor parte del periodo transcurrido desde 2007. Durante ese tiempo, el gobierno regional ha efectuado severos recortes en el gasto público, que han tenido un impacto devastador sobre el nivel de vida de la clase trabajadora<sup>47</sup>. A pesar de ello, el Sinn Féin no ha sufrido el mismo tipo de daño electoral que el Irish Labour Party, lo cual se debe en parte a las limitaciones reales de la política económica que realmente puede implementar el gobierno regional irlandés, que carece de los poderes de decisión de un Estado soberano y, en parte, a que el Sinn Féin puede desviar la responsabilidad de las decisiones impopulares hacia su socio de coalición unionista<sup>48</sup>.

---

<sup>46</sup> *Irish Times*/Ipsos MRBI poll, 10 de diciembre de 2021. La limitación del modelo de clasificación social del National Readership System, concebido para su uso por las empresas publicitarias, como instrumento de análisis de las clases son bien conocidos. Sin embargo, continúa siendo un punto de referencia estándar para las empresas de realización de encuestas en ambos lados del Mar de Irlanda.

<sup>47</sup> Seán Byers, «Northern Ireland's Deeper Crisis», *Tribune*, 24 de enero de 2019.

<sup>48</sup> Un análisis más detallado del historial es menos halagador para el Sinn Féin. El líder del partido en Irlanda del Norte, Martin McGuinness, se adaptó al consenso neoliberal durante su tiempo en el gobierno, alabando las iniciativas de financiación privada del sector público del New Labor y presionando para que se redujera el tipo del impuesto de sociedades, Conor McCabe, «The Double Transition: The Economic and Political Transition of Peace», *ICTU/Labour After Conflict*, 2013.

Sin embargo, el factor más importante de esta inmunidad comparativa es la base electoral en virtud de la cual el Sinn Féin ha conseguido su apoyo. Los votantes de Irlanda del Norte del partido pertenecen a una comunidad con una larga experiencia de exclusión y discriminación política. Esperan que el Sinn Féin represente sus intereses comunitarios aquí y ahora, al tiempo que trabaja a largo plazo para acabar con el dominio británico cuando eso parezca posible. Mientras perciban que el Sinn Féin está haciendo precisamente eso de forma razonablemente eficaz, no es probable que el fracaso del partido a la hora de implementar uno u otro tipo de programa de izquierda en Stormont resulte fatal para sus perspectivas electorales. En una configuración política más convencional, sería absurdo que un partido que ha estado en el gobierno mayoritariamente durante los últimos quince años hiciera campaña con el eslogan «Time for Real Change», como hizo el Sinn Féin en las elecciones a la Asamblea Legislativa de Irlanda del Norte de este año. El hecho de que el Sinn Féin estuviera en condiciones de convertirse en el partido más votado, lo que le daba derecho a nombrar a su máxima dirigente en ese territorio, Michelle O'Neill, como primera ministra del gobierno, hizo que los votantes nacionalistas encontraran este argumento convincente.

El SNP no posee el mismo carácter dual. En principio, la reivindicación de un Estado escocés independiente tiene el mismo atractivo en todas partes, desde Thurso hasta el río Tweed, aunque es inevitable que haya variaciones regionales en el apoyo a la causa<sup>49</sup>. Con el contenido social y político de ese Estado todavía abierto a múltiples interpretaciones, el partido de Sturgeon tiene un amplio atractivo transversal entre las clases sociales, que el Sinn Féin o la mayoría de los partidos de Europa Occidental en realidad sólo pueden envidiar. La media de votos del SNP en las últimas tres elecciones al Parlamento escocés ha sido del 47 por 100. Su porcentaje medio de los escaños de Escocia en Westminster desde 2015 fue del 44 por 100. Una encuesta rutinaria realizada en noviembre de 2021 sugería que el partido obtendría el 48 por 100 de los votos en las próximas elecciones del Reino Unido: era, con diferencia, la opción más popular en toda la gama de grupos de edad y clases sociales, aunque con una radicación especialmente fuerte entre los más jóvenes y los más pobres<sup>50</sup>.

---

<sup>49</sup> Para una desagregación regional de los votos de 2014, véase Neil Davidson, «La linde escocesa», *NLR* 89, noviembre-diciembre de 2014.

<sup>50</sup> YouGov/*The Times* Survey Results, 18-22 de noviembre de 2021. La media del SNP en las encuestas sobre la intención de voto para el Parlamento británico entre diciembre de 2019 y marzo de 2022 era del 48,8 por 100, por encima de los conservadores, laboristas y liberal-demócratas contabilizados conjuntamente.

Dado que Sturgeon ha descartado cualquier tipo de unilateralidad al estilo catalán, la vía más probable para un segundo referéndum pasa por un Parlamento carente de una mayoría clara fruto de las próximas elecciones de Westminster previstas para diciembre de 2024. Incluso si se produce una fuerte oscilación a favor del Partido Laborista, la pérdida de los escaños escoceses históricos de los laboristas en favor del SNP significa que lo más probable es que dependa de una coalición o de un gobierno minoritario con el SNP, que actualmente cuenta con cuarenta y ocho diputados en Westminster, mientras que los laboristas tienen doscientos sesenta y dos y los liberales once. Las condiciones de Sturgeon incluirán algún tipo de acuerdo sobre un nuevo referéndum sobre la independencia de Escocia. Los unionistas, como Gordon Brown, están tratando de superar esta posibilidad con un llamamiento a una convención constitucional de todo el Reino Unido –no, por supuesto, una asamblea constituyente–, pero queda por ver si el SNP estará dispuesto a tragarse esta iniciativa. Aunque solo podemos especular sobre el efecto que podría tener un cambio de gobierno en Londres sobre el sentimiento independentista en Escocia, sería imprudente suponer que Starmer, o cualquier probable sucesor, pueda presentar un argumento convincente en contra. Ciertamente, no tendrán respuesta para quienes argumentan que la permanencia en el Reino Unido ofrece un futuro de declive controlado en el frente interno y de militarismo imperialista en el exterior.

El verdadero momento de la verdad para el SNP llegará si el partido es capaz de convertir su mandato popular en una apuesta de salida exitosa del Reino Unido. Es muy fácil imaginar a los líderes del SNP dando un giro a su propuesta de independencia, si Escocia se embarca en su propio proyecto de construcción del Estado: después de haber insistido durante mucho tiempo en que la soberanía escocesa es esencial para preservar y ampliar el legado de la socialdemocracia británica, pueden comenzar a argumentar que los programas de bienestar generosos son un lujo que debe sacrificarse por el bien de la nación a medida que esta pone sus pies en la escena mundial. De hecho, la jerarquía del SNP ya ha dado varios pasos en esa dirección.

Al Sinn Féin le resultará más difícil argumentar lo mismo y ello no sólo por la forma en la que el partido ha conseguido sus votantes en la República de Irlanda. Ya hemos mencionado el papel del asesor de Dick Spring, Fergus Finlay, en las conversaciones que dieron lugar a la Declaración de Downing Street. Finlay, que ahora escribe una columna

para el *Irish Examiner*, expresó su confianza en abril de 2021 en que «muy pocos de nosotros» votaríamos para poner fin a la Partición si se presentara la oportunidad. Su razonamiento era instructivo:

Si vives aquí abajo, en la República de Irlanda, habrá quedado claro en el transcurso del debate que tu voto podría costarte unos cuantos chelines. Muy pronto, si todos votamos que sí, Gran Bretaña va a empezar a eliminar su enorme subvención a Irlanda del Norte, que depende totalmente de esa subvención para su modo de vida. Alguien va a tener que pagar. Europa ayudará un poco, pero la realidad que se vislumbra en esa pequeña urna oscura es que, con toda probabilidad, tus impuestos van a tener que subir para sacar adelante al Norte del país. Supongamos que vives allí. En el momento en que votes que sí, vas a perder tu acceso de por vida al NHS. Tus hijos van a perder el acceso a los libros de texto gratuitos. Las guarderías van a costar mucho más. Tu sistema de salud será de dos niveles: será mejor que empieces a echar mano del seguro de salud rápidamente<sup>51</sup>.

En sentido estricto, este argumento se contradice a sí mismo, ya que el objetivo de sustituir la subvención británica a Irlanda del Norte por la eventual subvención irlandesa sería mantener los niveles actuales de gasto público y los servicios que dependen de ellos. Pero lo que llama la atención es la alegre certeza mostrada por Finlay de que un Estado que incluya la totalidad de Irlanda nunca podría establecer un servicio sanitario público, que eliminara la necesidad de introducir seguros de salud privados. Parece que a los socialdemócratas irlandeses les resulta más fácil imaginar el fin de un conflicto nacional cuyos orígenes se remontan a la Reforma, que un escenario en el que los ciudadanos de su país ya no tengan que sacar la cartera cuando visiten un médico de familia<sup>52</sup>.

---

<sup>51</sup> Fergus Finlay, «We can't vote away the fear and sectarianism built into the border», *Irish Examiner*, 6 de abril de 2021.

<sup>52</sup> Durante el gobierno de coalición de 1948-1951, los ministros laboristas se pusieron del lado de los obispos católicos y de la profesión médica en contra de su colega de gabinete Noël Browne, cuando este intentó instituir un plan de asistencia sanitaria gratuita para las madres y sus hijos. El episodio fue una fuente de inspiración para los políticos unionistas de Irlanda del Norte, como observó amargamente un miembro de la Anti-Partition League: «Observemos por un momento la situación a través de los ojos del "Ulster" y veremos a la gente disfrutando de los beneficios del avanzado Plan de Salud Nacional británico sin necesidad de pasar por la indignidad de una prueba de recursos. Ello no fortalece su deseo de unirse a la República de Irlanda, si ello implica la privación de estos servicios porque entran en conflicto con algún "principio cristiano"», Henry Patterson, *Ireland since 1939: The Persistence of Conflict*, Londres, 2007, p. 95. Paradójicamente, algunos de los líderes unionistas que se hicieron eco de la controversia habían considerado la posibilidad de presionar para obtener el estatus de Dominio después de la guerra a fin de eludir las reformas sociales del gobierno de Attlee.

Los republicanos han rechazado tradicionalmente la idea de limitarse a ampliar las áreas de responsabilidad del Estado del sur al resto de la isla, reclamando por el contrario la refundación radical de la política irlandesa a ambos lados de la frontera. En el pasado, quienes esgrimían este argumento solían referirse a las *costumbres* sociales conservadoras consagradas en la Constitución irlandesa como una barrera para la unificación. El declive del poder católico en las últimas décadas ha contribuido en gran medida a mitigar los temores unionistas del «gobierno de Roma», aunque la Iglesia sigue manteniendo una influencia en los sistemas de sanidad y educación públicos que no guarda proporción con su radicación residual en la sociedad irlandesa. Sin embargo, incluso si esa influencia llegara a su fin de forma definitiva, seguiría dejando totalmente intacta la nuda discriminación de clase que configura la prestación de servicios sanitarios, educativos y de otro tipo en la República de Irlanda.

Una forma de unidad irlandesa que reprodujera las desigualdades del Estado formado por los veintiséis condados en el constituido por los treinta y dos sería una conclusión desagradable y desalentadora de una de las disputas políticas más antiguas de Europa. También sería mucho menos atractiva para quienes se preocupan más por el contenido social de un Estado que sobre su coloración nacional. Las encuestas indican que los ciudadanos norirlandeses estarían mucho menos dispuestos a votar por la unidad si ello supusiera la pérdida del derecho a la asistencia sanitaria pública (por muy debilitado que esté ese derecho a medida que los sucesivos gobiernos recortan el NHS)<sup>53</sup>. La necesidad de una transformación social en la República de Irlanda es lo suficientemente apremiante por sí misma, pero quienes quieren poner fin a una partición que dura un siglo tienen una responsabilidad especial a la hora de abordarla.

---

<sup>53</sup> Suzanne Breen, «NHS could be crucial in border poll with support for united Ireland and the Union running neck-and-neck», *Belfast Telegraph*, 25 de octubre de 2020; John Manley, «Nationalists urged not to be disheartened by poll support for united Ireland», *Irish News*, 5 de abril de 2022.